

meros, las localidades, ó los nombres, y observaciones tales, que en cualquiera otra materia pasarían, cuando mucho, por curiosidades estériles, incapaces de tocar en el fondo de las cosas.”<sup>1</sup>

## CAPITULO II.

### LIBROS DE LOS PROFETAS.

Con este nombre de *Profeta* se designan en la Sagrada Escritura, no solamente aquellos hombres que anuncian por divina revelacion cosas futuras, sino tambien algunos otros singularmente privilegiados por las eminentes cualidades de su espíritu, ó por otros dones del Espíritu Santo, distintos de aquel que en extricta significacion se conoce con el de profecía. El hombre dotado con conocimientos superiores en las cosas divinas ó humanas, el que manifestaba penetracion de las cosas ocultas, aquel á quien Dios hacia hablar sin que entendiese lo que hablaba, el que hablaba en nombre de otro, como Aaron en el de Moises; el que componia ó cantaba en honor de la Divinidad himnos sublimes, que anunciaban una inspiracion sobrenatural, y por último, el que obraba alguna maravilla ó milagro, todos estos se designan á su turno con el nombre de profetas.<sup>2</sup> Es necesario tener esto presente, porque de otro modo se daría márgen á mil dificultades excusadas y muchos errores de trascendencia. Esta es táctica mui antigua de los incrédulos, quienes “confundiendo, como observa Amat, las diferentes significaciones, suelen presentar el oficio de profeta como un arte que se aprendía como los demas, á cuyo fin, dicen ellos, habia escuelas y colegios de profetas entre los judíos, como se lee en la misma Escritura: arte (añaden) que conocian tambien las otras naciones. Distinguiendo pues las varias acepciones del nombre profeta, se responde tácitamente á los frívolos argumentos de los enemigos de la religion, que á falta de razones sólidas, echan mano de sofismas compuestos con cierta sal y agudeza para fascinar á los sencillos ó incautos lectores.”<sup>3</sup>

<sup>1</sup> El mismo, en la misma obra, 2.<sup>a</sup> parte, cap. 28.

<sup>2</sup> Bergier. Diccionario teológico, artículo *Profeta*. (Extracto.)

<sup>3</sup> La Sagrada Biblia nuevamente traducida.—*Advertencia sobre los profetas en general.*

Quando hablamos pues de los profetas, tomamos esta palabra en su sentido mas estricto, entendiendo por tales aquellos hombres á quienes Dios ha revelado cosas futuras que no puede prever la sabiduría humana, para que las anuncien á los hombres. Hai diez y seis profetas, á cada uno de los cuales corresponde en el Antiguo Testamento un libro que lleva su nombre bajo la designacion comun de profecía. Son pues los siguientes. La profecía de Isaías, la de Jeremías y su discípulo Baruch, la de Ezequiel, la de Daniel, los cuales se llaman profetas mayores, y las de Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Micheas, Nahum, Abacuc, Sophonías, Ageo, Zacarías y Malaquías, que son profetas menores. Tales son los libros proféticos sobre que vamos á hablar. Las cuestiones particulares que se refieren á la profecía, y las consecuencias que de ella deban inferirse, no son de este lugar. Por ahora solo tratamos de dejar establecida y comprobada la autenticidad de estos libros, como primera basa de toda la doctrina que en ellos se contiene. ¿Existieron sus autores? ¿Escribieron estos libros? ¿Los escribieron en el tiempo sucesivo que indica su cronología? He aquí lo que al presente nos importa discutir. ¿Fuéron verdaderos órganos de la Divinidad, al predecir lo futuro? Este es punto que debe tratarse cuando se hable de la mision respectiva. ¿Dijeron la verdad y dieron con esto una prueba incontestable á la religion que habia de establecerse? Este es un punto que á su turno tendrá lugar, cuando vengamos á Jesucristo, término legítimo de todo el Antiguo Testamento, objeto de las profecías y fundamento del cristianismo.

El órden de las cuestiones que nos hemos propuesto, parece exigir que se pruebe de un modo sucesivo la existencia de los profetas, la sucesion cronológica de sus profecías; pero siendo unos mismos los argumentos que hai para todo, nos limitaremos, en obsequio de la brevedad, á una demostracion comun que lo comprenda todo. Probar que existieron los profetas en el sentido riguroso de esta palabra, y tal como nos los manifiesta el Antiguo Testamento, es demostrar, no solo su existencia y la de sus predicciones, mas tambien que estas se fueron sucediendo segun el sistema cronológico con que se refieren en los libros santos. Por otra parte, no es necesario llevar á tal punto la escrupulosidad sobre esta materia, que haya de dividirse todo el cuerpo de las profecías para fijar esmeradamente la época precisa de cada una. En materia de profecías basta demostrar que ellas fueron realmente anteriores á las cosas predichas; que no pudieron ser de ningun modo el efecto de la prevision natural, y que se

Tom. I.—40.



verificaron puntualmente todas las cosas anunciadas. Reduciéndonos pues á la primera cuestion, debemos probar que las profecías se habian hecho ya, mucho tiempo antes de que se verificasen los sucesos á que se refieren.

Estos se reducen á tres principalísimos, que son: la reprobacion de los judíos, el establecimiento del cristianismo y la vida y muerte de su Divino Fundador. Es un hecho reconocido unánimemente, que estos tres acontecimientos pertenecen á la historia moderna, entendiendo por historia moderna la de la Era cristiana. Jesucristo nació, primer acontecimiento: estableció su Iglesia con la mision de sus Apóstoles, segundo acontecimiento: despues de estos dos sucesos, y muerto ya el Redentor, Tito y Vespasiano tomaron á Jerusalem, y dejando al pueblo judío sin hogar y sin patria, ejecutaron la sentencia de su reprobacion, tercer acontecimiento. El mas antiguo de estos sucesos es el nacimiento del Mesías: de donde resulta, que si demostramos que mucho tiempo antes del Mesías, habian existido ya los profetas, y eran conocidas sus predicciones en los mismos términos que se refieren en el Antiguo Testamento, llenamos en lo absoluto nuestro objeto, reducido al presente como ya se ha dicho, á la simple existencia de los profetas y sus predicciones, ó lo que es lo mismo, á la autenticidad de los libros proféticos. He aquí pues lo que vamos á exponer.

Hai al presente dos pueblos; el pueblo cristiano, y el pueblo judío. Excluido este de la participacion de las promesas por su enconada obstinacion contra la fe de Jesucristo, ve al Hombre Dios y á la Iglesia que fundó con su sangre con los ojos del odio mas encarnizado; y entre todas las pasiones que pueden combinarse en el corazon, para formar los sentimientos mas contrarios á los vínculos de la fraternidad humana, no puede citarse una sola que no exista en su mas alto punto en el pecho de los judíos con respecto á los cristianos. Cuanto puede inventar la imaginacion mas cavilosa y el interes mas pronunciado en favor de algun designio, todo lo han puesto en práctica los judíos para combatir la mision de Jesucristo. Y si hemos de graduar por los hechos la escala que divide los odios entre la infinita serie de enemigos que ha tenido la Iglesia, debemos confesar ingenuamente, que ella no tiene contra sí odio mas enconado y mas profundo que el del judío. Demos un paso mas: si los judíos entendieran que alguno de los puntos reconocidos por la Iglesia podian ser falsificados, ¿quién duda que desde el principio de la Era nueva, habrian sacado á la palestra este nuevo género de ataque, léjos de guardar un silencio profun-

do sobre el particular! Pues no está reducida nuestra prueba á este simple silencio, porque contamos así mismo con la mas antigua, la mas concertada y uniforme, la mas universal, la mas pública y solemne profesion de los judíos en favor de la existencia, autenticidad y verdad de los libros proféticos. “Si pues el testimonio mas cierto, el ménos sospechoso, el mas irresistible de un hecho cualquiera, es el que da en favor suyo el hombre que tendria mayor interes en disputarlo, nosotros oponemos con una fuerza irresistible, dice el Cardenal de la Luzerne, el testimonio de los judíos, nuestros adversarios, sobre la antigüedad de las profecías, á cuantos, entre los otros enemigos del cristianismo, se empeñan mas en reducirla á duda. ¿Se pretenderá que el fraude haya sido concertado con los judíos, y que estos se hayan puesto de acuerdo con nosotros, á fin de suministrarlos contra ellos mismos unas armas tan victoriosas! ¿O se sostendrá que la falsificacion fué hecha sin que ellos llegasen á sospecharla, ó á pesar suyo, y que ellos desde luego cegaron para no verla, ó emudecieron para no revelarla?”<sup>1</sup> Pues el hecho es, que ó se admite la autoridad mas incontestable de los judíos, ó se escoge alguna entre estas dos suposiciones. ¿Y en qué debería fijarse aquí la eleccion? En nada, si se trata de algo que sirva de prueba: pero si tratara de averiguarse cuál de ambas hipótesis es mas evidentemente ridícula, podrian admitirse ambas, sin decidirse por ninguna: porque no se sabe cuál es mas chocante al sentido comun, si suponer un pueblo que tiene vista y no ve lo que mas hiera sus ojos, ó que tiene habla y no levanta la voz contra los errores que le hieren de muerte y tocan en la parte mas delicada sus pasiones y sus intereses. He aquí un argumento que han empleado siempre con el mejor éxito los apologistas del cristianismo, y contra el cual jamas han podido prevalecer los mas bien combinados ataques del ingenio sofístico, ni las mas vehementes declamaciones de la incredulidad.<sup>2</sup>

Hai mas todavía; pues los testimonios que apoyan la pre-existencia de las profecías, no están circunscritos á los lími-

<sup>1</sup> Dissertation sur les Prophetes chap. 1.º, art. 1.º, §. 4.º (pág. 49 de la edicion de Paris de 1842.)

<sup>2</sup> Puede verse á San Justino, *ad Græcos Cohort.* cap. 13; á San Juan Crisóstomo en el número 1 de su Exposicion al salmo 14; á Teodoro en la oracion décima, de Providencia; á San Agustin en el número 14 de su narracion sobre el salmo XI, en el 9 sobre el LVI, y en otros varios lugares que designa el mismo autor citado en la nota anterior.



tes del pueblo judío, aunque esto bastaría por sí solo para asegurarnos en la posesión de la verdad. También pueden citarse aquí los escritores paganos. Todos los libros que contienen estas profecías habían sido traducidos en griego muchos siglos antes de Jesucristo; en términos, dice el Cardenal citado,<sup>1</sup> que cuando Jesucristo apareció, estaban aquellos esparcidos, no solamente entre los judíos, sino entre los gentiles; no solo en su lengua original, sino en la lengua más conocida, más usada, más cultivada por todos los hombres instruidos de todos los países.

“Dios, autor de tantos bienes, leyendo en el porvenir, y viendo á la luz de su divina presciencia lo que había de acontecer en el trascurso de los tiempos, dispuso, por una providencia muy singular, que las predicciones hechas desde la antigüedad más lejana acerca del Salvador que había de venir á rescatar á todos los hombres y enseñarles á honrar, como es debido, la Majestad del Omnipotente, se hiciesen visibles é inteligibles al mismo tiempo, por una exacta explicación á todos los pueblos de la tierra. Inspiró pues él mismo al rei Tolomeo el designio de hacer traducir las divinas Escrituras con la más grande fidelidad, y colocarlas en las públicas bibliotecas, á fin, sin duda, observa Eusebio, obispo de Cesarea, de que estuviesen allí como en una especie de reservatorio comun, para el uso y provecho de las naciones venideras que habían de ser llamadas á la fe.”<sup>2</sup>

Los libros proféticos estaban pues traducidos. Nada puede concluirse, por tanto, contra su existencia. ¿Podrá objetarse cosa racional contra su integridad? ¿Se dirá que existieron los profetas y profetizaron, pero que los libros en que están consignadas sus predicciones han sido alterados por el curso de los tiempos? Para suplantarlos en el todo, ó alterarlos en parte, insertando allí profecías que no hubiesen existido, habría sido necesario fabricar ó corromper juntamente el texto hebreo y la versión de los setenta; habría sido necesario tener por cómplices á todos los judíos dispersos y á todos los gentiles que poseyesen ejemplares de la Santa Escritura; habría sido necesario que esa inmensa multitud de hombres divididos en tantas generaciones, tan remotos por los tiempos, como separados por los sitios, hubiesen entrado en el complot, comprometiéndose á guardar el más profundo secreto; y que despues de tan solemne compromi-

<sup>1</sup> Ibid.

<sup>2</sup> *Preparatio evangelica*, lib. 5, cap. 1, pars 1.<sup>a</sup> (pág. 451 de la Colección de los Padres de Caillan, tom. 19, edición de Paris de 1830.)

so, le hubiesen observado con tan escrupulosa fidelidad, que ni el odio comun al cristianismo, ni las divisiones entre gentiles y paganos, ni el calor sostenido de tantas y tantas controversias, ni las ramificaciones de secta que han dividido á esos pueblos, ni los procedimientos finos y delicados de una crítica constante, hubiesen podido, en diez y ocho siglos de trascurso, sorprender el secreto de este complot ó vislumbrar siquiera su origen. ¿Y puede llevarse más adelante la cadena de los absurdos en el sistema de las suposiciones? ¿Puede imaginarse nada más remoto, más contradictorio y ridículo? Cualquiera de estas hipótesis es de todo punto imposible, y por tanto, debemos convenir, á vista de lo expuesto, que ningún hecho histórico se halla mejor comprobado, que la existencia, autenticidad y verdad de los libros proféticos.

### CAPITULO III.

#### DE LOS DIVERSOS AGIOGRAFOS.

Esta palabra *agiógrafo* está compuesta de dos palabras griegas que corresponden al adjetivo *santo* y al verbo *escribir*, de donde resulta, que *agiógrafos* son los escritores santos. Bajo este nombre comprendemos, por lo mismo, siguiendo á San Gerónimo, todos los libros del Antiguo Testamento, á excepcion del Pentateuco y las profecías. Estos son de dos clases: históricos los unos, y morales ó sapienciales los otros. Los históricos son el de Josué, el de los Jueces, el de Ruth, los cuatro libros de los reyes, los dos del Paralipomenon, los dos libros de Esdras, y por último, los de Tobías, Judit, Esther y Job. Llámense así, porque tienen por objeto principal referir los acontecimientos del pueblo israelita, el gobierno de los judíos en sus diferentes épocas políticas, la genealogía de sus reyes, la vida de algunos célebres personajes, como los que llevan su nombre, &c. &c.

Los libros sapienciales ó morales son el de los salmos, cuya mayor parte pertenece á David; el de los Proverbios y el Eclesiastés, escritos por Salomon; el Cantar de los Cantares, que se atribuye al mismo; el de la Sabiduría, á que se le da el mismo origen, por haberse formado de una colección de máximas sacadas de este mismo rei, y por último, el Eclesiástico, llamado así para no confundirle con el Ecle-



siastés; pues el primero fué escrito por Jesus, hijo de Sirac, y el segundo, como ya se ha dicho, es obra de Salomon.

Demostrada la autenticidad, verdad é integridad del Pentateuco, lo están igualmente la de todos los otros libros del Antiguo Testamento, y por consiguiente, la de los diversos agiógrafos que acabamos de enumerar. ¿Por qué? Por dos razones principales, que equivalen á dos demostraciones concluyentes. ¿Cuáles son estas razones? Primera, la identidad de las pruebas; segunda, el enlace y concatenamiento, y la exactísima correspondencia histórica y cronológica, política y moral que resplandecen en los libros santos. En cuanto á lo primero, basta llamar la atención de nuestros lectores sobre todos los argumentos de que nos servimos para dejar establecidas la autenticidad, verdad é integridad del Pentateuco, pues ninguna de estas pruebas falta en lo mas pequeño, tratándose de los diversos agiógrafos. La tradicion mejor calificada de todo el pueblo judío, sus antiguos monumentos, el testimonio de los gentiles, la universal y constante profesion del cristianismo, explicada de mil maneras, la vida y carácter de los autores de estos libros, el equilibrio tutelar que todos ellos tenían en la magistratura, el sacerdocio y el pueblo, la relacion íntima de todos los sucesos, de todas las leyes, de todas las doctrinas, de todas las ceremonias, de todos los usos y costumbres judías con todos estos libros, y la mision de sus autores; las medidas precautorias contra las demasías de la impostura, las tinieblas del olvido y las vicisitudes del error en materia de inteligencia: todo esto, repetimos, todo esto concurre á dejar tan bien establecida y confirmada la existencia, autenticidad é integridad de los diversos agiógrafos, como lo está la existencia, autenticidad, verdad é integridad de los libros de Moises. No entra en nuestro plan decir mas que lo necesario; ménos podríamos resolvernos aún, por una mal entendida escrupulosidad, á fastidiar á nuestros lectores con pruebas duplicadas y repeticiones superfluas. Limitándonos pues á lo expuesto sobre la primera prueba, pasemos á tratar de la segunda.

“Elegid en el curso de esta historia judía la época que queráis, y veréis desde luego cómo todos los acontecimientos anteriores se hallan de tal suerte ligados con los posteriores, que estos últimos no han podido verificarse, sino porque habian sido precedidos ya de los primeros; y que estos mismos á su turno no pudieron suceder, sino porque habian de arrastrar necesariamente los siguientes sucesos. Los que se remontan desde la época del segundo templo hasta el

principio de la historia, van descubriendo á cada paso vários hechos semejantes, que han sido la causa de los hechos siguientes. La historia misma de otro templo supone la existencia de uno primero, y nos conduce por una serie de hechos no interrumpida hasta el tiempo de Salomon; así como el celo de los samaritanos contra los judíos supone la division del reino comun. La paz que reinó en los tiempos de Salomon y David, no pudo ser producida sino por combates y victorias; y estas victorias nos llevan como de la mano hasta el tiempo de los Jueces y hasta la época de Josué, el cual á su turno nos conduce hasta la salida de Egipto. A la vista de un pueblo entero que sale de esta monarquía, buscamos la causa de esto, y viendo que aquel es extranjero en Egipto, preguntamos naturalmente; cómo entró allí? Entónces se presentan los doce patriarcas y toda la nacion, que nunca se ha visto sino como una sola familia, y que por una genealogía no interrumpida sube á un solo origen, es decir, á Abraham. Si quitáis del Pentateuco uno solo de los libros principales que allí están contenidos, los libros de los salmos, que no se escribieron ántes de David, no podrian subsistir, pues casi todos aquellos hechos se vuelven á encontrar aquí. Toda la religion, todos los hechos de los judíos no tienen mas relacion con la lei mosaica que con la historia del Génesis. ¿Qué quieren decir la circuncision, la fiesta de los Tabernáculos y tantas otras fiestas instituidas por los judíos? ¿Qué significa la lei que les prohibia el nervio del pié de los animales, la sangre y la vianda sofocadas? ¿Qué significan aún tantas otras ceremonias innumerables.....? Si en la época del segundo templo parece mas racional y ménos inclinado á la idolatría, este es un efecto natural del tremendo castigo que habia sufrido en su largo cautiverio de Babilonia, así como el castigo era una consecuencia precisa de sus precedentes faltas. Si vemos despues convertida en aristocracia la monarquía de los judíos, bien comprendemos, á la vista de este cambio, que la autoridad de la dinastía de David habia sido en extremo debilitada por un mal gobierno. Anímase todo el esfuerzo de los macabeos con la memoria y ejemplos de sus mayores; y entre los mas grandes infortunios se conserva siempre viva la esperanza que el pueblo tenia puesta en las promesas que estaban hechas á Abraham, y aun á él mismo por Moises.”<sup>1</sup>

Es fácil concebir que podria presentarse una cadena no interrumpida de relaciones íntimas y mui exactas entre todos

1 Staller. Certitude de la religion revelée, §, 309. cap. citado.



los libros del Antiguo Testamento, y una serie tan bien sostenida en la sucesion de las épocas, y tan perfectamente ligada por los acontecimientos, las costumbres, las generaciones y los libros, que nada seria tan difícil, como hallar coyuntura propia para colocar una suplantacion, ó introducir una historia nueva en su totalidad. Pero este trabajo llenaria muchas páginas, y acaso inútilmente, pues apenas habrá cosa ménos disputada, que el íntimo y natural enlace que guardan entre sí y con todos los acontecimientos los libros de la Santa Escritura.

Cada uno de estos libros abraza un objeto de tal magnitud, que interesa y conmueve á toda la nacion judía; pues ó se refieren á su historia, y son inseparables de la importancia de los acontecimientos que refieren, ó son sapienciales, y comprenden las doctrinas, las creencias, en fin, todas las profesiones dogmáticas, morales y políticas de la nacion. ¿Cuál fraude pudiera pues suponerse que fuese compatible con la tradicion mas bien comprobada, con el respeto mas antiguo, mas profundo y mas laborioso que jamas hubo; con la presencia continua de todos los datos, con el interes mas vivo en conservar las Escrituras, y con un zelo contra cualquier avance de un impostor, que le habria traído las mas funestas consecuencias! Es preciso convenir en esto: ó se admiten todos los libros canonicos del Antiguo Testamento, ó se excluyen todos; pues tomar unos para dejar otros, seria la mayor y mas absurda inconsecuencia en que pudiera incurrirse en materia de crítica, porque semejante procedimiento, como apuntamos al principio, estaria en abierta contradiccion con la identidad de pruebas que apoyan el Pentateuco, los libros proféticos y los agiógrafos, y las íntimas y universales relaciones que entre sí tienen todos los libros del Antiguo Testamento.

#### CAPITULO IV.

##### DEL NUEVO TESTAMENTO.

Bajo este nombre se comprenden todos los libros canonicos, escritos por divina inspiracion despues de la muerte de Jesucristo, por los apóstoles. Pueden distribuirse en cuatro clases, como advierten algunos teólogos, á saber: libros legales, libros históricos, libros morales y libros proféticos.

Los libros legales son los cuatro evangelios, escritos el pri-

mero, por San Mateo; el segundo, por San Márcos; el tercero, por San Lúcas, y el cuarto por San Juan. San Mateo, llamado por otro nombre Leví, escribió como testigo ocular el primer evangelio el año 40 de nuestra Era. Parece haberse propuesto en este libro hacer ver á los judíos, que Jesucristo era el Mesias prometido, y que se habian cumplido en él las profecías del Antiguo Testamento. San Márcos, discípulo é intérprete de San Pedro, como dice San Gerónimo, escribió en Roma el suyo, á instancias de los demas hermanos, conforme á las narraciones que habia oído de la boca de San Pedro. Este santo apóstol examinó dicho evangelio, y habiéndole encontrado en un todo conforme á la verdad, le dió toda su aprobacion, le revisió de toda su autoridad, y mandó que se leyese en todas las iglesias. Parece que el santo Evangelista se propuso hacer ver en este libro, que Jesucristo era el Rei Supremo y el Soberano Señor de todas las cosas. San Lúcas, auxiliar y compañero inseparable de San Pablo, compuso su evangelio, segun las instrucciones verbales que habia recibido de los apóstoles; suple algunas cosas que se echaban ménos con sentimiento en las narraciones de los evangelistas mencionados, y en sentir de Orígenes, escribió sobre todo para los gentiles, proponiéndose principalmente demostrar que Jesus es el Salvador del mundo. A instancias de los otros apóstoles escribió San Juan su evangelio hácia el año 97 de nuestra Era. Es comun opinion de los Padres, que San Juan emprendió esta obra, para suplir algunas cosas que habian omitido los otros tres evangelistas, y demostrar contra Valentino, Cerinto y los Ebionitas, que Jesus era Hijo de Dios.

Una obra conocida bajo el título de *Hechos de los apóstoles*, y que viene inmediatamente despues de los evangelios, contiene la parte histórica de los libros del Nuevo Testamento. Contiene una sencilla y majestuosa narracion de los principios admirables de la Iglesia de Jesucristo, y su propagacion por los primeros apóstoles San Pedro y San Pablo.

Los libros morales contienen las Epístolas de San Pablo, la de Santiago, las dos de San Pedro, tres que se atribuyen á San Juan, y una de San Jódas Tadeo.

El último libro del Nuevo Testamento y de la Santa Escritura es el *Apocalipsis*, que escribió San Juan en la isla de Patmos el año 91 de nuestra Era. *Contiene tantos misterios, como palabras*, dice San Gerónimo, hablando de este libro á Paulino. *He dicho poco*, añade todavía: *cualquiera elogio, es inferior al mérito de este volumen*. Este libro es todo profético, y por esta circunstancia comprende la parte profética.



del Nuevo Testamento, aunque no falten en los evangelios profecías; así como, sin embargo de contener aquellos la historia de la vida y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, se da particularmente el nombre de histórico al libro de los *Hechos apostólicos*.<sup>1</sup>

Tales son los libros del Nuevo Testamento: su conjunto presenta el de todos los dogmas católicos, el de todas las leyes divinas que gobiernan esta sociedad universal, el de todas las reglas que forman el verdadero sistema de nuestra conducta religiosa, moral y política: estos libros, como en otro lugar hemos dicho ya, envuelven un poder irresistible de doctrina, que cambió universalmente el aspecto de la sociedad, y que fijando el carácter particular de las dos épocas entre las cuales está situado el tiempo en que ellos fueron escritos, derraman toda la luz que se necesita para seguir, sin extraviarse, las huellas de la especie humana, bajo el triple aspecto de la historia, de la filosofía y de la religion, y por tanto, de la moral, de la política y de la legislación. Las doctrinas contenidas en estos volúmenes pueden considerarse juntamente como las anchas bases en que descansa el grandioso edificio de las instituciones modernas, y el depósito universal y común de los principios incontestables que fundan la ciencia del hombre y de la sociedad. El judío poseía una lei, pero una lei á la cual faltaba su plenitud; tenía un sacerdocio, pero un sacerdocio imperfecto; un culto, pero un culto figurativo: el cristianismo posee ya la plenitud de la lei, la perfeccion del sacerdocio y la realidad del culto. El gentil solo contaba con algunos destellos vagos de la lei natural, que á cada paso se confundian con las ridiculeces y absurdos de la filosofía pagana, un sacerdocio monstruoso y un culto abominable. El cristianismo derramó por el mundo todo un torrente de luz, y al esplendor purísimo de esta claridad celestial, que detenia con arrobamiento al rústico y al sabio, dilató prodigiosamente sus dominios, soldó los antiguos cismas que dividian al mundo, hizo entrar las doctrinas, los discursos y las acciones en el círculo inmenso de su plan divino, y ha presentado por mas de diez y ocho siglos un espectáculo único en la historia del universo, el de una sociedad incontrastable por la eterna perfeccion de sus doctrinas y el irresistible poder de sus máximas.

Un destino tan alto como el del Evangelio, exige por de contado una verdad, así con relacion á su existencia, como

<sup>1</sup> Extracto de *Liebertmann*, Instituciones theologicas. Lib. I, para II, Cap. I.

con relacion á su contenido, tan sólidamente asegurada, que se estrellen de continuo contra ella todos los embates de la sofistería y el error, y todos los rayos artificiosos que habia de lanzar contra sus dogmas la elocuencia de la incredulidad. Así es; no falta una sola prueba de cuantas pudieran apetecerse, para dejar sólidamente sentada la autenticidad y verdad del Nuevo Testamento. Desde que este libro divino apareció en la tierra para sosegar la anarquía terrible del entendimiento y la voluntad, hasta el tiempo en que nos hallamos, no han dejado de ser combatidos por la incredulidad: nada se ha dejado por mover, con el fin de hacer vacilar las persuasiones y las creencias católicas; pero á este paso los triunfos del cristianismo se multiplican tanto como sus combates; y al abrir los fastos de esta historia, no parece sino que vamos á hundirnos deliciosamente en ese océano de esplendor con que baña al universo el astro de los días. Grato seria para nosotros hacer parecer en esta obra todos los argumentos incontestables que comprueban estas importantes verdades; pero sujetos á mui estrechos límites, debemos ceñirnos á una sóbria demostracion. Mas á fin de que ella comprenda el triple objeto de las disputas que se han movido en todos tiempos contra nuestros libros santos, probáremos, en primer lugar, la autenticidad; en segundo, la verdad; en tercero, la integridad del Nuevo Testamento.

#### §. I.

##### *De la autenticidad del Nuevo Testamento.*

Un libro es auténtico, cuando fué efectivamente escrito por el autor á quien se atribuye; y esto sucede precisamente en nuestro caso, como vamos á demostrarlo.

“La fe pública de Iglesia cristiana, la autoridad de los escritores eclesiásticos de los primeros siglos, los testimonios expresos ó las confesiones de los antiguos herejes y de los paganos, la sola inspeccion de los libros del Nuevo Testamento, todo concurre, dice Duvoisin, á demostrar la autenticidad de estos títulos primitivos del cristianismo.”<sup>1</sup> Tal es el sistema de pruebas que pretendemos seguir en esta demostracion.

<sup>1</sup> *Demonstration evangelica*, Chap. II, §. I.



## I.

*Fe pública de la Iglesia.*

Es un hecho universalmente reconocido, que todos los cristianos veneran como auténticos todos los libros del Nuevo Testamento, y esta profesion unánime es en buena crítica un argumento demostrativo que debe engendrar la mas plena certidumbre. ¿Qué razones podrian autorizar la desconfianza sobre un testimonio tan autorizado? ¿Acaso la poca importancia de los libros de que se trata? No: porque son ellos los títulos de una institucion antigua y universal, que por razon de su origen y objeto afecta á los intereses de todas las naciones, que por la influencia de su poder irresistible hizo cambiar de aspecto á todos los Estados antiguos, y dió nacimiento á la sociedad moderna; que arrojó las águilas de Roma del Capitolio, para sentar una Cruz de madera, en cuya peana incontrastable vinieron á estrellarse sucesivamente todos los embates de las pasiones, todos los impulsos de la filosofía pagana, la ferocidad de los antiguos pueblos y el soberbio y temido poder de los señores del mundo. El hecho pues es incomparablemente mas grande, mas influente, mas famoso que cuanto la historia numera entre los acontecimientos mas memorables de los pueblos y de los reyes. ¿Se fundaria la desconfianza en el número, en las cualidades, ó en el interes comun de los testigos? No: porque no se trata de dos ó tres testigos, sino de medio mundo que lleva ya diez y ocho siglos de edad: no se trata de algunos idiotas y crédulos, sino de la parte mas florida de la sociedad moderna: no se trata de un puñado de impostores, sino de un cuerpo moral que ha venido á presentar al mundo el espectáculo único de las virtudes en su mas alta pureza, y que por su lei está obligado á sacrificar la existencia á los fueros de la verdad, sufriendo todo género de tribulaciones ántes que abrir sus labios á la mentira. ¿Se dirá que la profesion unánime de los cristianos nace de su interes comun en conservar los títulos que fundan su existencia social, es decir, porque dando este testimonio, defienden su propia causa? Pero “yo pregunto, dice Grocio, ¿por qué es su propia causa? Por cierto que nunca dejaron traslucir los defensores mas intrépidos de estas verdades el menor interes personal, ni el desseo de evitar algun infortunio: puesto que el

medio mas seguro de llegar á estos fines habria sido evidentemente el renunciar á la causa que sostenian.

“La fe actual de la Iglesia, observa mui á propósito Duvoisin, no puede haber comenzado sino con la Iglesia misma... porque, ¿en qué siglo, en qué pais colocar la suposicion del Nuevo Testamento? ¿A qué falsario atribuir este grande número de escritores de un carácter y de un estilo tan diferentes? ¿Cuál fué la Iglesia primera que les recibió? ¿Cómo pasaron de los griegos á los latinos, de los católicos á los herejes? ¿Cómo una trama tan grosera pudo escapar al odio de los judíos y á la astucia de los paganos? ¿Por qué extraño prestigio, los cristianos, que hasta entónces no habian oido hablar de ningun escrito histórico ó dogmático de los apóstoles, se convinieron tan repentinamente en admitir, bajo el nombre de estos, unos evangelios y unas epistolas fabricadas por un impostor? En vano ensayarian los incrédulos el responder á estas y á otras cien cuestiones semejantes: hagan las suposiciones que quieran, siempre les será imposible el explicar cómo los libros del Nuevo Testamento han venido á ser la lei suprema de la Iglesia, si no le fueron legados por los mismos apóstoles desde la época de su nacimiento.”<sup>2</sup>

## II.

*Testimonio de los escritores eclesiásticos.*

“Remontándonos de siglo en siglo hasta el tiempo de los apóstoles, hallamos un número infinito de escritores que citan, traducen, explican ó comentan los libros del Nuevo Testamento. No hablamos ya de los escritores posteriores al siglo tercero de la Era cristiana, porque no hai incrédulo que no convenga en que de entónces á esta parte no ha sufrido contradiccion alguna la autenticidad del Nuevo Testamento. Mas retrocediendo desde el siglo citado, hallamos desde luego en él á Orígenes, que menciona *los cuatro evangelios* como venerados en toda la Iglesia, y á Tertuliano, que recurre á las epistolas auténticas que el apóstol San Pablo habia dirigido á las iglesias de Roma, de Corinto, de Efeso, de Tesalónica, &c., acusando al hereje Marcion de haber alterado el evangelio de San Lucas, y produciendo, á fin de convencerle de su fraude, los ejemplares recibidos en todas

1 Verité de la religion chrétienne. Lib. III, chap. 1.

2 Demonstration evangelique. Chap. II, §. 1.



las iglesias apostólicas y reconocidos por el mismo Marción cuando no había comenzado aún á dogmatizar.”

“A mediados del siglo segundo veo á San Justino hablando en un escrito, que presentó al emperador Antonino, de la costumbre que había entre los cristianos de leer en sus congregaciones religiosas los escritos de los profetas y de los apóstoles. . . . San Ireneo, discípulo de San Policarpo, y martirizado en Lion en el año de 203, refiere, como un hecho constante, que los cuatro evangelios fueron escritos sucesivamente por San Mateo, por San Marcos, discípulo de San Pedro, por San Lucas, discípulo de San Pablo, y últimamente, por San Juan.”

“En las cartas que nos quedan de San Policarpo, obispo de Smirna, martirizado en 166, de San Ignacio, obispo de Antioquia, martirizado en 114, y del Papa San Clemente, que gobernaba la iglesia de Roma el año de 70, y había vivido largo tiempo con San Pedro, se encuentran muchos pasajes de los evangelios y epístolas del Nuevo Testamento citados como pertenecientes á la Escritura Santa; lo que prueba, en primer lugar, que los libros del Nuevo Testamento existían desde entónces; y en segundo, que eran respetados de los primeros fieles, como obra de los apóstoles.”

“No hai hueco ninguno en esta cadena de testigos que deponen en favor de la antigüedad de los libros del Nuevo Testamento. Una sucesion conocida, una tradicion escrita de edad en edad, nos conduce hasta el siglo de los apóstoles, y he aquí lo que distingue los monumentos primitivos del cristianismo de tantas piezas apócrifas que han seducido largo tiempo á favor de los nombres mas respetables. Estas producciones del falso zelo, acogidas por la ignorancia, jamas han podido sostener las miradas de la crítica; pero mientras esta se ha ejercitado mas en nuestros libros santos, mas pruebas incontestables ha descubierto en ellos de su antigüedad.”<sup>1</sup>

### III.

#### *Testimonio de los enemigos del cristianismo.*

Es un hecho constante, que en el seno mismo de la Iglesia se han levantado en todos los siglos numerosas sectas, con el fin de combatirla en diferentes puntos de cuantos abraza su creencia, su jurisdiccion ó su disciplina; que en

ningun tiempo le han faltado enemigos que, afectando profesar sus dogmas, desconocen su autoridad ó niegan sus decisiones. Si pues el unánime testimonio de la Iglesia católica sobre los puntos de que tratamos, no fuera bastante á persuadirnos de la verdad, por temor de que el espíritu comun de doctrina debilitase la fuerza de sus aserciones, todos estos recelos caerian sin duda delante de esa unanimidad en que concurren aun las sectas heresiarcas y protestantes, para reconocer la autenticidad del Nuevo Testamento.

“En ese grande número de herejes, dice el autor citado, que se manifestaron casi inmediatamente despues de la muerte de los apóstoles, los unos admitian, los otros desecharon la autoridad del Nuevo Testamento; pero todos, aun los de la última clase, reconocian su autenticidad. Taciano, discípulo de San Justino, y despues jefe de los encratitas, compuso una especie de concordancia de los cuatro evangelios. Heracleon, Tolomeo, Valentin, establecieron sus sistemas filosóficos y religiosos sobre pasajes del Nuevo Testamento, que ellos interpretaban á su modo. Los Ebionitas tenian un evangelio, que ellos llamaban el *Evangelio segun los hebreos*, el cual, segun refiere San Jerónimo que le habia visto, no era otra cosa que el evangelio de San Mateo, ligeramente alterado. . . .”

“Las diferentes sectas conocidas bajo el nombre de *Gnósticos* jamas llegaron á disputar la autenticidad de los escritos apostólicos, pues al paso que negaban la autoridad de estos libros, confesaban que eran obra de los autores que los suscribieron. En suma, fuera de los maniqueos, no puede citarse una sola secta que haya negado la autenticidad de los evangelios; y es mui digno de notarse que basta leer las objeciones de aquellos, expuestas por San Agustin en su libro contra Fausto, para convencerse de que estos heresiarcas no apoyaban su negativa en ningun principio de crítica, en ningun testimonio de la antigüedad, ni alegaban otro motivo que la oposicion de su doctrina con la de los evangelios.”

“Tal es pues, concluirémos con San Ireneo, la certidumbre de nuestra creencia tocante al evangelio, que se halla confirmado por los mismos herejes, quienes, al separarse de la Iglesia, buscan en él la prueba de su doctrina.”

“Por último, puede alegarse como una prueba el testimonio de los judíos, que, como todo el mundo sabe, jamas han negado la autenticidad del Nuevo Testamento, y aun el de los paganos. Contrayéndonos á estos últimos, mui sabido es que los filósofos combatian el cristianismo en sus

<sup>1</sup> Duvoisin. Obra citada, chap. II, §. II. (Extracto.)



libros, mientras que los emperadores le proscribían por sus edictos. Nos quedan diversos fragmentos de Celso, de Hierocles, de Porfirio y del emperador Juliano, y poseemos las obras de Orígenes, de Eusebio de Cesarea, de San Jerónimo y de San Cirilo de Alejandría, que les refutaron. Así las objeciones de los primeros como las respuestas de los segundos, bien claramente nos descubren cuáles son los puntos disputados; mas la autenticidad de los evangelios no entra para nada en esta controversia; y no quiere decir esto que los filósofos no tuviesen conocimiento de nuestros evangelios, porque Celso, que escribió cien años después de Jesucristo, cita muchos pasajes de ellos; y lejos de pretender que fuesen supuestos, reprocha á los cristianos el haber alterado su texto primitivo: acusacion desnuda de pruebas; pero que por lo ménos supone que reconocían un texto primitivo nuestros libros santos."

"El testimonio de Juliano es todavía mas expreso: porque atribuye formalmente los libros del Nuevo Testamento á los autores cuyos nombres llevan, y combate la Divinidad de Jesucristo, diciendo que ni Pablo, ni Mateo, ni Lucas hablaron de ella, y que Juan es el primero que se atrevió á enseñarla. Y no solamente en los tiempos de Juliano, sino aun en el siglo precedente, los paganos estaban convencidos de la autenticidad de los evangelios: de lo cual es mui relevante prueba el edicto de Dioclesiano, que ordenaba bajo pena de muerte á los cristianos el entregar sus libros."<sup>1</sup>

He aquí pues á los herejes, á los judíos y á los paganos deponiendo en favor de la autenticidad del Nuevo Testamento. No vemos lo que puedan oponer contra ella los mas enconados enemigos del cristianismo, cuando puede decirse que esta controversia está terminada, desde los primeros siglos de la Iglesia, de la manera mas solemne y victoriosa, con pleno conocimiento de los datos, y con la aquiescencia mas absoluta de los mas insignes contradictores.

#### IV.

##### *Inspeccion de los libros del Nuevo Testamento.*

"La última y acaso la mas persuasiva prueba de la autenticidad del Nuevo Testamento, es el mismo Nuevo Testamento. Es mas difícil de lo que á primera vista parece, dice el autor citado, suponer un libro, y mas todavía un gran nú-

<sup>1</sup> El mismo. Obra cit. cap. II §. III.

mero de libros, en que se reconocen evidentemente muchas manos, sin dejar así mismo en ellos algunos vestigios del tiempo en que se hayan escrito: mil imposturas de este género, que habian sorprendido á siglos de ignorancia, han sido descubiertas á toda luz, desde el renacimiento de las letras y de la crítica. Pero hasta el dia, ninguno ha descubierto en el Nuevo Testamento cosa alguna que no convenga perfectamente á la historia, á las costumbres, á los usos de los tiempos apostólicos; nada que no pinte las ideas, los sentimientos, las personas de los primeros discípulos de Jesucristo, cuyas cosas hacen resonar su voz, como dice enérgicamente Tertuliano, y representan al vivo la fisonomía particular de cada uno.<sup>1</sup> Vense allí la religion y el gobierno de los judíos en el estado que tenían bajo la dominacion de los romanos; la historia original del nacimiento y progresos del cristianismo, tal como debía esperarse igualmente del carácter de esta religion y de las disposiciones notorias ó presuntivas de aquellos á quienes fué anunciada. La simplicidad de las narraciones, los pormenores de circunstancias, la designacion de un grande número de lugares y de personas conocidas, la atractiva ingenuidad de los escritores, el poco arte, y aun podria decirse, cierta especie de desorden que reina en la composicion; todo anuncia claramente memorias contemporáneas y cartas redactadas de prisa, sin precaucion y sin desconfianza. Para sentir toda la fuerza de esta prueba negativa, no es necesario hallarse mui profundamente versado en la crítica; pero fuera de esto, ¡cuántos rasgos característicos no hacen patente el siglo de Jesucristo y la mano de los Apóstoles!"

"No puede dudarse que la mayor parte de los libros del Nuevo Testamento fueron escritos ántes de la guerra de los romanos contra los judíos. En los evangelios de San Mateo, de San Márcos y de San Lucas leemos una prediccion de Jesucristo relativa á la última destruccion de Jerusalem y de su templo: mas esta prediccion está mezclada de circunstancias tan extrañas, que debilitan el esplendor de la prediccion. *¿Qué se infiere de aquí?* Que si los evangelistas hubieran escrito hasta después del acontecimiento profetizado, habrían tenido cuidado de apartar de su narracion aquellos pormenores.

El autor del libro de *los hechos apostólicos*, que escribió, no solamente la historia de su tiempo, sino tambien su propia historia, nos presenta á los apóstoles en medio de Jeru-

<sup>1</sup> Sonantes vocem, et representantes faciem uniuscuiusque.



salen, enseñando en el templo, citados ante los sacerdotes y magistrados; á San Pablo interrogado por los tribunos y los gobernadores romanos, hablando en presencia del rei Agripa, enviado á Roma para que le juzgase Neron. Luego cuando San Lúcas escribió la obra citada, todavía existía el templo, y los judíos conservaban aún su ciudad, su religion y sus magistrados. Es así que este Santo Apóstol nos dice que no escribió esta historia, sino despues del evangelio que lleva su nombre, y el evangelio de San Lúcas es ciertamente posterior al de San Mateo y al de San Márkos:” luego debemos convenir en que la mayor parte del Nuevo Testamento se escribió con anticipacion á la expresada guerra.

“Lo mismo puede decirse de las epístolas de San Pablo; y para probarlo, basta recordar que en una de ellas demuestra el Santo Apóstol que la lei de Moises fué abrogada por la de Jesucristo: lo cual hizo, para dirimir la disputa que se habia suscitado en la Iglesia de Jesusalen con motivo de las observancias mosaicas; porque es claro, que si las expresadas epístolas se hubiesen escrito despues de la guerra, ni se hubiera levantado tal disputa, puesto que de hecho estaban abolidas ya las ceremonias y sacrificios legales, ni el autor habria tomado empeño particular en esto, ó en caso de hablar sobre el asunto, habria citado la expresada abolicion como un argumento de hecho mas concluyente que todos los racionios.”<sup>1</sup>

De estas reflexiones históricas se infiere desde luego, que la simple inspeccion de los libros del Antiguo Testamento es un argumento fuerte de su autenticidad. ¿Por qué? Por varias razones. Primera: siendo tan caracterizada la época que média entre la muerte de Jesucristo y la toma de Jerusalem, que para reconocerla perfectamente nos basta pasar la vista con rapidez por las primeras páginas de la historia profana moderna, y estando los expresados libros en la mas perfecta consonancia con esta época, así en razon de las instituciones políticas, como de los muchos personajes que en ellas figuraban, y hasta en los pormenores mas minuciosos de las circunstancias del tiempo, estamos en el caso de convenir en que tales libros son auténticos, ó de decir que hai aquí un milagro de primer orden en la impostura; porque solo un poder sobrenatural podia docilitar hasta este punto, en los escritos, los hombres, los tiempos, las circunstancias y las instituciones. En segundo lugar: estos libros se presentan en un órden sucesivo; y en medio de la diver-

sidad propia del estilo de cada autor se admira en todos ellos la mas grande consecuencia, así en las relaciones históricas, como en el gran cuerpo de la doctrina. ¿Cómo admitir pues una impostura, y al mismo tiempo tanta sencillez en las narraciones, tanta franqueza en las citas, tanta verdad en las alusiones, tanta diversidad en los planes y estilos, y tan maravillosa concordancia en el fondo de los acontecimientos, en la fuente, carácter y aplicaciones de las doctrinas? ¿No era de esperar que en esta sucesion de escritores se hiciesen algunas alusiones, algunos reclamos, y particularmente cuando no escribian sin testigos, ni sobre asuntos indiferentes, sino ante el nuevo pueblo y sobre los puntos que tocaban mas íntimamente á su existencia social y á sus intereses eternos! En tercer lugar: las epístolas de San Pablo reconocen y confirman perfectamente todos los libros anteriores, en medio de la mas grande publicidad y de un modo tan caracterizado, que debemos decir una de dos cosas; esto es, ó que ellas han sido supuestas, y no como quiera, sino muchos siglos despues, ó que todo es auténtico. Lo primero no puede decirse, ya porque hemos demostrado que fueron escritas ántes de la guerra de Jerusalem, en su mayor parte, ya porque es imposible fijar una época en que hubiera podido improvisarse á salvo cualquiera suplantacion. ¿Se dirá que la suplantacion se hizo en el mismo tiempo en que se dicen escritas! Pero reflexiónese que no son unos escritos privados é individuales, sino públicos y comunes. “¿Qué falsario, dice Duvoisin, habria seducido con su impostura, tomando el nombre de Pablo, á los fieles de Roma, de Corinto, de Efeso, de Tesalónica; á Tito, á Timoteo y Filemon, discípulos del apóstol! ¿Habria tenido la impudencia de recordar á las Iglesias que las habia visitado, y de anunciarles frecuentemente su vuelta, y que les remite á uno de sus discípulos! Por otra parte, todas estas epístolas están llenas de particularidades y rasgos originales, donde se reconoce manifestamente al doctor y fundador de Iglesias apostólicas.....

“Para negar la autenticidad de las epístolas del Nuevo Testamento, es necesario sostener, ó que jamas hubo Iglesias apostólicas, ó que los apóstoles sus fundadores nunca les llegaron á escribir, ó que las verdaderas epístolas de los apóstoles desaparecieron, sin que al presente nos quede mas que epístolas supuestas.” Decir lo primero, es decir que el cristianismo no tuvo principio; fijarse en lo segundo, es negar un hecho que á su grande é intrínseca verosimilitud reúne el unánime testimonio de todos los contemporáneos; pre-

<sup>1</sup> Duvoisin, Ib. §. IV. [Extracto.]



tender lo tercero, esto es, que las Iglesias quemaron sus epístolas auténticas, para sustituirlas con piezas fabricadas por gente desconocida, es uno de aquellos absurdos que se refutan competentemente con solo exponerlos.<sup>1</sup>

## V.

*Conclusion.*

“O los libros del Nuevo Testamento son auténticos, ó no existe ningun documento un poco antiguo, cuya autenticidad no pueda ser disputada. Tomemos, por ejemplo, no digo los poemas de Homero, las arengas de Demóstenes, ú otro escrito de esta naturaleza . . . . . cuya celebridad, cualquiera que sea, no puede sostener el paralelo con estos libros, que una inmensa sociedad ha venerado constantemente como el código de su fe, de su moral y de su disciplina, sino las pandectas de Justiniano, ó la bula de Carlos IV, que sirve de basa á la constitucion germánica, y supongámonos en el caso de disputar con un escéptico que niega su autenticidad: ¿en dónde buscaríamos las pruebas para confundir á este crítico temerario? En la tradicion universal y constante de los pueblos, en los testimonios expresos de los autores contemporáneos ó subsecuentes, en el carácter mismo de las piezas disputadas, en los absurdos innumerables que arrastraría consigo la paradoja de nuestro adversario. Pnes bien: todas estas pruebas concurren en su mayor fuerza demostrativa, para dejar sólidamente establecida la autenticidad de los libros del Nuevo Testamento.”<sup>1</sup>

## CAPITULO VI.

## DE LA VERDAD DEL NUEVO TESTAMENTO.

Los apóstoles no pudieron engañarse, porque fueron testigos oculares y constantes de los hechos que refieren; porque estos hechos eran públicos, grandes, ostensibles, y ocuparon un largo espacio de tiempo, suficiente á rectificar cualquier error pasajero de los sentidos ó de la reflexion, y eran fáciles de conocerse y conservarse, así por su solemnidad,

<sup>1</sup> *Dupoisín.* Obra y lugar citado. (*Extracto.*)

como por su sencillez: no quisieron engañar, porque fueron de una conducta irreprochable, en lo cual el mismo gentilismo les hacia justicia; porque no tenian ninguna mira personal, ni se les ha descubierto despues de diez y ocho siglos; porque hablan con sencillez, sin artificio, y aun con cierto desórden que anuncia su buena fe; porque léjos de considerarse á sí mismos, hablan de sus defectos con una tierna ingenuidad, y rehusan constantemente los homenajes que les tributa, y aun una especie de culto que pretende rendirles, un pueblo admirado á la vista de sus milagros; porque sellaron su narracion con su sangre, género de sacrificio que hasta entónces ningun hombre habia hecho á su testimonio,<sup>1</sup> pues lo de Sócrates es asunto de otra naturaleza: no hubieran podido conseguirlo, aun en caso de pretenderlo, así por las dificultades que engendra la multitud, aun cuando sea homogénea, para dar lugar á una impostura, como porque se hallaban entre dos pueblos enemigos, esto es, entre los judíos y los paganos. Luego el Nuevo Testamento es verdadero.

No extendemos mas esta demostracion, por dos razones decisivas: primera, porque pueden aplicarse á ella en lo general cuantos argumentos empleamos en probar la verdad del Pentateuco: segunda, porque hemos de hablar del carácter y mision de los apóstoles, y esta será la mejor prueba de la verdad infalible de los libros que nos dejaron.

## CAPITULO VII.

## DE LA INTEGRIDAD DEL NUEVO TESTAMENTO.

Cuando hablamos de la integridad de los libros del Nuevo Testamento, estamos léjos de pretender que absolutamente hablando no hayan padecido alteracion de ningun género: no pretendemos que todo, hasta el menor signo de ortografía, se encuentre hoy precisamente, y sin la mas leve mudanza ó alteracion, en el mismo estado en que salió de las manos de sus autores: no se trata de estos accidentes, inevitables en la multitud inmensa de copias que se han sacado, y de ediciones que se han hecho en el discurso de tantos siglos. Esta es una lei á que está sujeto cualquier escrito antiguo, pero que no altera en manera alguna el fondo de las

<sup>1</sup> Yo creo, *decia Pascal*, á testigos que se dejan degollar.